

friolera: "Los mercaderes y jefes de manufacturas son las dos tribus del pueblo que de ordinario representan mayores capitales, y que por su riqueza atraen sobre sí la mayor cantidad de consideración pública. Como se pasan la vida imaginando proyectos y combinando nuevas empresas, superan en penetración y en inteligencia a la mayor parte de los hombres que hacen vida de nobles en sus tierras. El pensamiento de aquéllos, no obstante, anda siempre más ocupado de su interés particular que del interés general, y esto trae consigo que sus consejos, aunque los den con la más pura buena fe—cosa que no siempre acontece—, dependen mucho más del interés primero que del último... *Toda proposición de ley nueva o de nuevo reglamento en cuestiones de comercio, si parte de esa clase de hombres deberá ser siempre escuchada con precaución que nunca parecerá excesiva.* Antes de adoptarla, examínese largamente, no sólo con asiduo cuidado, con atención escrupulosa, sino además con la mayor desconfianza. Porque esos proyectos vienen de una clase de hombres cuyo interés no se halla jamás en exacta conformidad con el interés público; de una clase de hombres interesada generalmente en engañar a éste y aun de oprimirlo: en fin, de una clase de hombre que más de una vez le ha engañado, en efecto, insidiosamente y cruelmente oprimido".

He sostenido siempre, contra los *platónicos*, que no es deseable para un pueblo ser gobernado por filósofos; pero, claro es, significa una desgracia mucho más grave y de mayores arrastres que lo gobiernen los hombres de negocios.

### Otras notas

Lo más importante que hay en una nación es su Estado, su Poder público, o lo que es igual, la cuestión de quién manda en ella. Cuando arrastra una conciencia sucia en esta sacra cuestión del mando—el Mando, el *imperio*, es siempre *sacro imperio*—, colectiva e individualmente se desmoraliza. Se desmoraliza el ciudadano y se desmoraliza la moneda, sin que haya otro medio de restaurar la moral de ambos que purificar la conciencia pública en la gran cuestión de Mando y Obediencia (Véase *La rebelión de las masas*, páginas 229-231).

Uno de los diálogos más ilustres de la historia humana fué aquel que mantuvieron en Erfurt el 1 de octubre de 1808 Napoleón y Goethe. Se hablaba del teatro antiguo, y Napoleón censuraba que se quisiese interesar al hombre actual con la imagen mitológica del Destino que manejan las tragedias clásicas. Entonces el rayo de la guerra pronunció una palabra formidable, cuya tremenda verdad revive ahora Europa: *¡El Destino es hoy la política!*

El Destino es el nombre de lo que el hombre quiera o no, tiene que aceptar; es el hosco perfil de las crudas faenas que le

son inexorablemente impuestas. Es lo contrario de la frivolidad, que cree poder tomar o dejar lo que le viene en gana. La vida humana contemporánea está mucho más profunda e inevitablemente socializada que la moderna, medieval y antigua. Por ello, la mayor porción de presiones y problemas que gravitan hoy sobre el individuo provienen de su contorno social, del gran cuerpo político en que está sumergido y preso. Es decir, que su destino, el repertorio de conflictos que, quiera o no, ha de aceptar, se compone en dosis enorme de cuestiones políticas.

*El Destino es la política.* Y viceversa. Política es el conjunto de problemas que es preciso aceptar. Los *concretos* y los *inconcretos*—los que haya. No es cuestión de albedrío. Pretender escoger unos y eludir otros equivale a ignorar que la vida no tolera el capricho, que es una cosa muy dura, muy grave y muy seria, con la que es forzoso apenar. Lo demás es *señorismo*.

El otro rasgo del Conde y sus similares consiste en creer que la inteligencia se reduce al *arte de no ser primo*, de evitar que lo engañen a uno y procurar engañar a los demás. Otra cosa es *ser primo* y, por tanto, no ser inteligente. Ahora bien: esto es lo que entienden por inteligencia los aldeanos; es la cazarería del rústico, que proviene de la estrechez de su vida y la angostura de su horizonte mental. Poner tanto empeño en que no le engañen a uno supone la más aburrida preocupación de sí mismo y la incapacidad de ocuparse en hacer, verdaderamente hacer algo; construir, crear. Es evidente que ni las ciencias, ni la gran industria, ni la religión, ni el arte, ni el Estado existirían si la atención no vacase a interesarse en las cosas, en la obra, desentendiéndose de uno mismo. Con que no engañen al Conde de Romanones no se gana nada para España ni siquiera para él como hombre político. Lo único que ha conseguido, en su afán de no ser primo, es que él mismo no consigue engañar a los españoles. Como alguna vez he dicho, el Conde ha creído acertar cada día, y se ha equivocado en la totalidad de su existencia. Inconvenientes de la miopía; la vista del ratón, que le hace ver muy bien cada pedazo próximo de queso pero acaba en la ratonera. La ratonera es este Gobierno donde el Conde ha caído, como pudo caer en la suya el famoso *Mur de Guadalupe*, de que habla el Archipreste de Hita:

*Mur da Guadalupe un lunes madrugaba...*

Una política que no vaya empujada en su totalidad por una gran viento histórico—el viento del Destino, que empuja a Carlos V y su corcel negro en el genial retrato de Tiziano—es puro embeleco.

El hecho de que Australia posea 165.000 millones de toneladas en reservas de carbón y España sólo 2,550 es, en efecto, incorregible. Pero esto es un defecto absoluto de la tierra ibérica, no de la nación espa-

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica

ñola, que se compone de hombres. La escasez de carbón dificultará que el hombre español llegue a ser muy rico; pero no imposibilita que sea un hombre de alma limpia, de mente clara y de ánimo elástico, que pueda instalarse entre las otras variedades humanas y hacerse de ellas estimar y respetar. Conseguir esto es lo importante.

José Ortega y Gasset

## El voto mexicano

= Envío del autor =

Río de Janeiro,  
15 de marzo de 1931.

Excmo. Sr. Assis Chateaubriand,

O JORNAL.

Ciudad.

Mi ilustre y admirado amigo:

Por primera vez esa pluma generosa y brillante que Ud. maneja con una gracia tan suya y una eficacia patriótica tantas veces probada me da algo que sentir.

Siempre he seguido con el mayor interés y he leído con deleite esas admirables síntesis diarias sobre la vida brasileña que Ud. publica en sus periódicos. En ellas, aparte de otras enseñanzas, he aprendido a admirarlo a Ud. Sus artículos, sin abandonar nunca la realidad del terreno polémico, tienen una virtud interna de verdadero poema, un movimiento y una animación rápida y segura, cosas todas que están hechas para conquistar a este impenitente enamorado de las bellas letras que soy yo.

¿Porqué deja Ud. que se le escapen palabras acres y desdeñosas contra una República centroamericana cuyos hijos son hombre hechos de la misma pasta humana que nosotros, americanos también y que también van abriendo—a fuerza de abnegaciones y dolores—su camino hacia la democracia? ¿Porqué deja Ud. que lleguen hasta su estilo esas despectivas frases inventadas por el mal periodismo europeo para burlarse de nuestra América? En su artículo de *O Jornal*, de hoy, llamado *Honduras*, encuentro estas líneas, que me han sorprendido en un hombre de su temple y en una mente, como la suya, orientada hacia el sentido de la afanosa y constante construcción de ideales: "... capaz de nivelar o fulgido panorama de Revolucao brasileira a um desses entremezes hebdomadarios de Honduras ou de outro qualquer escenario centroamericano". Si de algo vale, en materia de revoluciones serias, profundas y aguerridas, el voto del último mexicano de nuestros días, escuche Ud. este amistoso llamamiento que le hago—ilustre soldado del periodismo pasa que nunca se ponga Ud. de parte de los que quieren romper el frente único de nuestra América.

Me complace, de todos modos, tener una ocasión de expresarle mi admiración y mi simpatía, que se me estaban quedando adentro, y estrecho su mano cordialmente.

Alfonso Reyes.